FL 33 31

Damos comienzo ahora al tiempo de la revista de Filología. Media hora aproximadamente dedicada a temas relacionados con lengua y literatura para ayudar a los alumnos de Filología en el desarrollo de sus estudios. El espacio de hoy está dedicado a Filología clásica, concretamente a Griego.

Juan Antonio López Férez, profesor titular de Griego I en la UNED, nos va a hablar del nacimiento de la medicina científica europea. El Corpus Hippocraticum es una colección de escritos médicos griegos que comprende algo más de 50 tratados, dedicados a la profesión y ética del médico, a los estudios sobre fisiología y patología, dietética y ginecología. Pero vamos a dar paso ya al profesor Juan Antonio López Férez, que sea él quien nos hable de los orígenes de la medicina científica.

En torno al siglo V, en los últimos decenios, hay una auténtica revolución cultural en el mundo griego, lo que se va a traducir en el surgimiento vigoroso de varias ciencias. Entre ellas surge espontáneamente la historia, gracias sobre todo a Tucídides, nace la oratoria y nacen otros aspectos de las matemáticas, etc. También curiosamente en estos momentos es cuando surge la medicina como ciencia.

En aquellos momentos ya no bastaban las viejas explicaciones mitológicas sobre la enfermedad y la curación. Hasta entonces se venía diciendo que el titán Prometeo había dado a los hombres los recursos médicos para curar las enfermedades. Por otra parte, en aquellos momentos se decía también que Asclepio era el mítico fundador de la medicina, etc.

Pero lo que a nosotros nos interesa realmente es dar con el verdadero nacimiento de la medicina científica que todos los historiadores de la medicina acuerdan en que fue la figura de Hipócrates. Sabemos por diversas noticias y fuentes que durante el siglo V se fueron formando y adquirieron gran prestigio otras escuelas médicas situadas en Kos, pequeña isla cercana a la actual Turquía, justo al noroeste de Rodas, Nido, en el extremo de una larga península situada al sur de Kos, Crotona, al sur de Italia, y Cirene, al norte de la actual Libia. Precisamente a la escuela de Kos pertenece Hipócrates, que siempre ha sido considerado el padre de la medicina científica europea.

Sobre la vida del eximio médico tenemos pocos datos biográficos dignos de crédito, pues se remontan la mayor parte de las ocasiones a biógrafos tardíos. Podemos decir que Hipócrates nació hacia el año 460 a.C. en la isla griega de Kos. Era hijo de Heraclides, que pertenecía a los Asclepíadas de Kos, familia que atendió a partir del siglo IV a.C. el santuario de Asclepio en Kos y que así misma se llamaba descendiente de Asclepio.

Desde las primeras representaciones artísticas, tales Asclepíadas aparecen con un bastón y una serpiente, animal estrechamente ligado al culto octónico y a las prácticas curadoras seguidas en los templos de Asclepio. En la formación de Hipócrates influyeron, aparte de su padre y del

ambiente en que se crió, algunos filósofos y sofistas ilustres de aquel momento. La tradición nos cuenta que fue demócrito precisamente el maestro de uno de los maestros del famoso médico y, o en todo caso, amigo íntimo de nuestro autor, en quien dejó una indudable influencia en algunos de sus postulados.

También influyó notoriamente Heródico de Silimbria, distinguido médico que curaba las enfermedades a base de dieta y de ejercicios gimnásticos. Encontramos bastantes noticias de Hipócrates en los diálogos de Platón y así mismo en la obra de Aristóteles. Con tales testimonios habría material más que suficiente para tener al médico que estudiamos como el más destacado de su época y el de más trascendental importancia en los siglos posteriores.

Tenemos también otros datos biográficos gracias a la Suda, que es un léxico compuesto hacia el siglo X de nuestra era, y una vida que es atribuida a Sorano, bastante tardía, y sobre todo el testimonio del Anonymous Londinensis, que es un papiro del siglo II después de Cristo, encontrado en 1892, donde se conservan valiosos fragmentos de la historia de la medicina que escribió Menón, discípulo de Aristóteles. Entre los autores mencionados en tal papiro destaca con mucho Hipócrates. Sabemos por otra parte que Hipócrates viajó bastante, ejerció la medicina en diversos puntos de Grecia, murió muy viejo, con más de 80 años, y su sepulcro era mostrado en época tardía en Larisa, es decir, en Tesalia, región situada al norte de Lática.

Casi todos los estudiosos de la historia de la medicina y de la literatura griega están conformes en aceptar la decisiva importancia de Hipócrates en el nacimiento de la medicina científica europea, pero en cambio no están de acuerdo en qué libros escribió exactamente. Desde luego, a base de los testimonios con que contamos, no podemos decir exactamente qué libros escribió Hipócrates mismo, y esto es un problema que remonta ya a la misma antigüedad. Entre los primeros comentaristas, ya según nos testimonia Galeno en el siglo II después de Cristo, surgió la pregunta de qué tratados y escritos habían sido escritos por Hipócrates o no.

Hay, realmente, un pequeño grupo de tratados, pronóstico, sobre las articulaciones, sobre las fracturas, epidemias 1 y 3, sobre la dieta en las enfermedades agudas y algunas secciones de los aforismos que, según la opinión más extendida, son atribuibles al propio Hipócrates. Por otra parte, se llama corpus Hippocraticum a unos 53 tratados de contenido esencialmente médico que nos han llegado atribuidos a Hipócrates y a su escuela desde la antigüedad. Ahora bien, entre estos escritos, que es la primera colección de textos científicos que nos ha legado el mundo antiguo, hay textos de muy diversa procedencia y de muy diversa cronología.

La mayor parte de los tratados fue escrita entre los años 420 y 350 antes de Cristo, pero tenemos algunos títulos, como sobre la decencia y preceptos, que pueden retrotraerse hasta los siglos I o II después de Cristo, por razones tanto de lengua como de contenido. Entonces, cuando hablamos de tratados escritos u obras hipocráticas, no queremos decir que hayan sido escritos por el propio Hipócrates, pero sí que algunos de los más valiosos han sido compuestos por Hipócrates o por alguno de sus discípulos más allegados. A los escritos hipocráticos, o sea, los atribuibles a Hipócrates y a su círculo de colaboradores, se fueron añadiendo en época

tardía, en los primeros siglos de nuestro milenio, algunos tratados de contenido diverso, pero influidos bastante por teorías filosóficas helenísticas, especialmente epicúreas y estoicas.

Así se fue creando y constituyendo un corpus cerrado que definitivamente tomó la forma con que nos ha llegado en torno al siglo X después de Cristo en Bizancio. Conservamos dos códices hipocráticos del siglo X después de Cristo, muy valiosos, el Laurentianus y el Marquianus Graecus. Nos han llegado también espléndidos manuscritos de los siglos XI y XII, así como otros posteriores.

Y ahora vamos a ocuparnos del rico contenido y de los problemas principales de la colección hipocrática. Al examinar las obras hipocráticas nos sorprende ante todo la enorme diversidad temática. Hallamos entre tales escritos unos de carácter general, como juramento, ley, sobre la medicina antigua, otros de contenido anatómico, como sobre la anatomía, sobre el corazón, etc.

Otros que son escritos dietéticos, sobre la dieta, sobre la dieta sana. Otros de patología general, como sobre los aires, aguas y lugares, sobre los humores, prenociones de cos. Otros escritos de patología especial, como epidemias, sobre las afecciones.

Otros escritos terapéuticos, como sobre la dieta, en las enfermedades agudas. Otros que son escritos quirúrgicos, como sobre las articulaciones, sobre las fracturas. Otros que son escritos oftalmológicos.

Otros, en fin, que son escritos ginecológicos, obstétricos y pediátricos. Ya el simple estudio de una colección tan diversa plantea enormes dificultades. Pero posiblemente el problema más importante es el de la cronología absoluta y relativa de los diversos escritos, junto a la cuestión de escuela.

La antigüedad. Porque desde la antigüedad se viene contando, se nos viene diciendo, que hay dos grandes grupos de tratados dentro del corpus hipocrático. Los tratados ignidios y los escritos coicos.

Los primeros están relacionados con la escuela de ignido ya mencionada, y están caracterizados por una gran artificiosidad en la nosografía o descripción de las enfermedades, y están recargados de largas listas de enfermedades y atentos más bien a enumerar complicados catálogos que a atender a los propios enfermos. En cambio, los escritos coicos, propios de la isla de Kos, a la que pertenece el propio Hipócrates, se destacan por que describen técnicamente al enfermo más que a la enfermedad. Es decir, que prevalece la patografía sobre la nosografía.

En tal grupo de escritos se observan el especial cuidado dedicado a los signos para obtener pruebas objetivas, la búsqueda del momento propicio para tratar la enfermedad, la presencia de la teoría de los humores, etc. En los últimos años, en cambio, se viene observando que no hay suficientes razones para dividir tajantemente los escritos hipocráticos en dos grupos

abiertamente distintos, sino que teorías y postulados tenidos por eminentemente coicos se encuentran también en tratados considerados ignidios. Y bien, vamos a revisar ahora algunas teorías y postulados generales de los tratados hipocráticos, tan relacionados en tantos aspectos con los saberes de su época.

Desde hace unos cuantos años se viene viendo que muchos filósofos y pensadores presocráticos, Almeón de Crotona, Heráclito, Pitágoras, Anaxágoras, Empédocles, Demócrito, Diógenes de Apolonia, dedicaron parte de sus pensamientos y lucubraciones a cuestiones de marcado carácter médico. Desde luego, la medicina hipocrática no habría conseguido el rango de ciencia que tuvo sin el precedente de la filosofía presocrática, tan atenta a las cuestiones relacionadas con el hombre y el medioambiente en que se desenvuelve. En primer lugar, la idea de cosmos, es decir, el mundo, universo, orden, había sido bien desarrollada por los filósofos jonios del siglo VI a.C., atentos a poner en relación los elementos del universo circunstante con las distintas partes del cuerpo humano.

Demócrito, por su parte, había venido sosteniendo magistralmente que el hombre es un mundo en pequeño, un microcosmos. En el Tratado Hipocrático sobre las Semanas se lee que al firmamento le corresponde la piel humana, al aire, el pneuma, al agua, el vientre, etc., etc. Es decir, hay una idea clara sobre la estrecha relación del hombre con respecto al mundo cósmico exterior.

Por otra parte, en el Tratado sobre los Aires, Aguas y Lugares, que está íntegramente consagrado a examinar la profunda interrelación del hombre con el medioambiente, leemos en la introducción que el médico que se precie de serlo ha de conocer las estaciones del año, los vientos, las propiedades de las aguas, la situación de cada ciudad, el momento de la salida y puesta de ciertas constelaciones, etc., en la idea de que, según sean la orientación, los vientos y las aguas, así les irá, en un determinado lugar, a las personas de constituciones distintas, bien sean biliosas o flemáticas, etc., y de que, atendiendo a tales peculiaridades, habrán de tomarse las oportunas medidas terapéuticas. En segundo lugar, la naturaleza, la physis, es posiblemente el concepto fundamental sobre el que reside la medicina racional y científica en su estado fundacional. Varios tratados hipocráticos se titulan exactamente sobre la naturaleza, del niño, del hombre, de la mujer, y entre los presocráticos abundan los estudios en esa dirección, aunque nos han llegado en estado muy fragmentario.

Pero dichos filósofos habían descubierto la existencia de una naturaleza universal, junto a la cual se da la naturaleza particular, que es la constitución de cada ser, de cada individuo, de cada cosa. Esa physis, tanto entre los presocráticos como en los tratados médicos de vanguardia, es ordenada, regular y armónica. Es justa en sus realizaciones, no es arbitraria.

El médico que trata una enfermedad o cura un hueso, por ejemplo, dislocado o fracturado, está ayudando a la naturaleza, a la fuerza curadora de la naturaleza, que por justicia y norma tiende al estado de salud. Esa naturaleza es razonable, es decir, puede comprenderse mediante las luces de la razón, sin necesidad de acudir a ninguna explicación sobrenatural ni divina. La

naturaleza, por otra parte, está en consonancia con la norma o ley, el nomos, pero puede llegar un momento en que la costumbre se convierta a su vez en naturaleza.

Precisamente en los últimos años se ha venido viendo que dos de los tratados hipocráticos más destacados, sobre los aires, aguas y lugares, y sobre la enfermedad sagrada, pueden deberse al mismo autor porque ambos guardan la misma actitud ante la relación íntima entre la naturaleza y la norma. En tercer lugar, la noción de causa, muy importante dentro de la colección hipocrática, se remonta especialmente a Demócrito, que insistió una y otra vez en dar una razón causal y satisfactoria de los fenómenos visibles. Sabemos, por ejemplo, que Demócrito prefería descubrir una etiología, es decir, una justificación casual, a poseer el reino de los persas.

Se revelaba contra la costumbre de echar la culpa de los males al azar o a los dioses. Para él todo tiene una causa, pero a veces los hombres, al ignorarla, culpan al azar de sus desgracias y adversidades. Pues bien, esa misma insistencia en que todo tiene una explicación racional aparece repetidas veces en la colección hipocrática, especialmente bajo los términos haitía, causa general, y prófasis, causa particular, precisamente los mismos vocablos que había utilizado Demócrito para definirla.

Así, el autor de Sobre la enfermedad sagrada combate abiertamente a todos los que hablaban de tal enfermedad sagrada para referirse a la epilepsia, afección que para el médico hipocrático no es ni menos ni más sagrada ni divina que todas las demás. Tal afección, dice el autor del escrito, tiene también una explicación. No debemos ver ninguna posesión demoníaca como causa y arranque de tal enfermedad.

No hay que hacer conjuros ni purificaciones para orientarla, sino observar atentamente que ese trastorno se presenta en los flemáticos y no en los biliosos, por lo que tiene mucho que ver, dice, con que la flema, o uno de los humores, no circula bien por el cerebro. Concluye el autor que el asiento de tal enfermedad hay que buscarlo en el cerebro. Y bien, vemos que el empeño racional en desvelar la causa de las enfermedades es un eslabón más de la larga cadena seguida por los griegos que fueron desde la explicación mítica, el mythos, hasta la consideración racional, el logos, de los hechos visibles.

Como no podía por menos de suceder, a partir de la profunda convicción de que el mundo está sometido a unas leyes universales, se deduce lógicamente que toda enfermedad ha de tener su apropiada y pertinente explicación. De ahí se desprende la necesidad de una causa para todas las enfermedades. En cuarto lugar, un concepto siempre presente en los escritos hipocráticos es el de tegne, que podemos traducir por arte o por ciencia.

En el siglo V, exactamente, van surgiendo las diversas artes tegnai, la retórica, la médica, la culinaria, etc., de lo que hemos mencionado ya anteriormente algo. La tegne se diferencia de la empeiría, la experiencia, en que ésta, la experiencia, conoce los hechos, dispone de un buen número de datos, pero no sabe explicarlos, no se para a pensar por qué suceden así. En cambio la tegne sí se preocupa por conocer las normas y las causas, y asimismo por poder enseñarlas y

transmitirlas a otros.

El médico hipocrático proclama una y otra vez que es un artesano de la medicina, un tegnites, que sabe manejar las manos y usar la inteligencia al mismo tiempo. En tal sentido, el arte médica, a la que hoy es normal llamar ciencia, sirve para librarse del azar, para conocer y prever lo que ha de suceder después a la vista de lo que sucede en el momento presente. Ese arte es enseñable, puede transmitirse a otros.

A veces se le llama sabiduría, sofía. Aún así, el hipocrático sabe y expresa públicamente que todo arte tiene sus normas y sus límites, que deben ser respetados. Precisamente, uno de los preceptos hipocráticos más repetidos es el que recuerda que el médico debe abstenerse de intervenir cuando la enfermedad es incurable, mortal de necesidad, pues en tales casos, nos dice, no conviene oponerse al curso imparable de la naturaleza.

Podemos examinar, por otra parte, otras teorías y conceptos médicos relevantes que dan cuerpo a la medicina hipocrática, origen de la medicina científica europea. En primer lugar, en buena parte de los tratados hipocráticos se nos habla de la presencia de humores en el interior de nuestro cuerpo. Los humores son considerados, a manera de elementos secundarios, que se mueven con mayor o menor facilidad y se mezclan frecuentemente entre sí.

Tal teoría, que sostiene la existencia de hasta cuatro humores, bilis, amarilla, la bilis negra, flema y sangre, y que no está muy alejada de la cuidadosa observación de las heridas, está en relación con las teorías que venían formulando los filósofos presocráticos, frío frente a caliente, húmedo frente a seco, dentro de una distribución adecuada al pensamiento arcaico, o sea, la oposición polar de contrarios. La flema, por ejemplo, suele compararse con lo frío, mientras que a la bilis se la considera caliente. Hay individuos flemáticos, biliosos, sanguíneos, según el humor que en ellos prevalece.

Aparece una estrecha relación entre individuos y condiciones ambientales, frío, calor, sequedad, humedad, aguas, vientos, etc., tienen una íntima relación con las enfermedades. También las estaciones del año ocupan un papel muy importante en el curso y solución de las enfermedades. Conviene, por otra parte, que los humores guarden la debida mezcla, nos dicen los hipocráticos, es decir, el temperamento o cresis, para disfrutar de buena salud.

Si los humores, bien sean cuatro, tres o dos, porque de ese número distinto se habla dentro de los tratados hipocráticos, no se mezclan bien, ya por causa de una enfermedad que los altera, ya por el predominio de un humor sobre los demás, la monarquía o monarquíe. Una vez en roto el equilibrio, la isonomíe, sobreviene la intemperancia o falta de mezcla oportuna, y entonces surgen los desarreglos y las enfermedades. Cuando hay intemperancia, acrasie, la mezcla adecuada puede conseguirse mediante la cocción, la pepsis, a fin de que el humor crudo, o mos, pase a estar bien cocido o puro, cazaros.

Con respecto a la sangre, por ejemplo, un humor más, como hemos dicho, el hipocrático tiene curiosas teorías. La sangre sufre alteraciones en cantidad y calidad según las estaciones, el

sexo y la edad. Es húmeda y caliente, con lo que viene a quedar claro, lo que se nos dice, por ejemplo, en algún tratado, que el vino sirve para aumentar la cantidad de la sangre.

La sangre reparte el alimento por todo el cuerpo. El alimento ingerido se transforma en sangre en el vientre, y desde allí es repartido por todo el cuerpo. El médico hipocrático, en cambio, no distingue entre venas y arterias.

Se nos habla, por ejemplo, de un gran vaso situado a la derecha del cuerpo, y de otro a la izquierda, que sirve para mantener en suspenso el corazón. Precisamente, la palabra aorta, aorté, quiere decir que mantiene en alto, en vilo, a otros mecanismos interiores. Es decir, han de pasar varios siglos para que se distinga entre venas y arterias.

Precisamente, sería Praxágoras, en el siglo IV a.C., el que distinguió claramente entre venas y arterias. También es curioso lo que se nos cuenta en los tratados hipocráticos sobre el corazón. Se nos dice, por ejemplo, que es un músculo y que está rodeado de líquido.

Se nos habla, curiosamente, de las válvulas sigmoideas, de las aurículas ventriculares, y se afirma que la inteligencia humana reside en el ventrículo izquierdo, en donde precisamente no hay sangre. Por otra parte, la idea de que el hombre está inmerso en el medioambiente, y es una pieza más dentro del enorme espacio cósmico que lo rodea, se manifiesta de manera singular en la teoría del pneuma, tal como aparece recogida en varios escritos hipocráticos. El aire, a juicio de los hipocráticos, penetra en el interior de nuestro cuerpo, a través de la nariz, de la boca, y también por los poros.

Y el aire después, el pneuma, es el encargado de producir la inteligencia, se nos dice, etc. Por otra parte, hemos de insistir en la dieta, que remontan al propio Hipócrates algunos de los aforismos más famosos, quizá, que son los referentes a la necesidad de guardar una armonía entre los alimentos ingeridos y los ejercicios realizados. La dieta comprendía normas relativas a la alimentación, comidas y bebidas, y también respecto a los ejercicios corporales, a la higiene, a las horas del sueño, etc.

Y todo de acuerdo con la profesión, el sexo, el país, los vientos, las aguas, etc. Otro punto muy importante es el pronóstico, que es un elemento clave en la actuación médica. El hipocrático, sirviéndose de los signos externos de la enfermedad y de la observación cuidadosa del cuerpo y de la constitución del enfermo, sabe ganarse la admiración y el aplauso de sus clientes al manifestar, viendo a un paciente concreto, qué es lo que le ha sucedido antes y qué le va a ocurrir después.

Esto es, en resumidas, el pronóstico. Un punto importante también es la crisis, concepto central sobre el curso y solución de las enfermedades, pues es el momento preciso en que la enfermedad se decide, se resuelve y se encamina hacia la definitiva solución o provoca la muerte del enfermo, etc. Entonces, resumiendo los rasgos fundamentales que convierten en definitiva ciencia a la medicina hipocrática, alejándola de la magia y del puro empirismo, podremos resumir lo siguiente.

En primer lugar, interviene el entender la tecne iatrique, el arte médica o ciencia médica, con un fin propio y específico, el de aliviar y curar a los enfermos y evitar la enfermedad. Tal ciencia sabe expresar qué hace y por qué lo hace. Para ello, el médico necesita poseer un conocimiento racional, científico, de la causa que ha producido una afección determinada y asimismo de los efectos que provocará el remedio que prescriba al paciente.

En segundo lugar, la convicción del médico en que radica en la naturaleza la causa de la enfermedad y la virtud curativa del remedio. Ya no hay que acudir a expedientes irracionales para curar las enfermedades. En tercer lugar, como consejo y resumen, leemos en el último aforismo, lo que los medicamentos no curan, el hierro lo cura.

Lo que el hierro no cura, el fuego lo cura. Pero lo que el fuego no cura, eso es preciso considerarlo incurable. Con ello queda decididamente expresado el convencimiento de los hipocráticos en las limitaciones curativas de su ciencia.

En cuarto lugar, la enfermedad es una alteración del equilibrio de la naturaleza, de la salud en suma. La naturaleza tiende a la salud. La enfermedad quebranta el equilibrio de la naturaleza.

Tal desarreglo se llamará intemperancia, se llamará predominio de un humor sobre otro, se llamará dificultades en la función de los humores, etc. Como último punto, podemos decir que en los últimos años se está dedicando en todo el mundo una gran atención a la medicina hipocrática, lo que se manifiesta en los coloquios internacionales que se vienen dedicando a estudiar detenidamente los escritos hipocráticos. Es un campo extraordinariamente fecundo donde confluyen los esfuerzos de filólogos, de historiadores de la medicina, de médicos, de filósofos y de otros estudiosos de la antigüedad.

Viendo las huellas de tal medicina a lo largo de los siglos y llegando hasta el presente. También se ocupan de estudiar la transmisión, los códices, las traducciones, comentarios, etc. Efectivamente, en esos coloquios hipocráticos se ha visto la enorme influencia que los escritos hipocráticos han tenido en la historia del pensamiento y en la práctica médica desde la antigüedad hasta nuestros días.

Si comparamos la medicina hipocrática griega con la India, la China o la Egipcia, resulta mucho más avanzada la griega, pues alcanzó una gran independencia respecto a la magia y a la religión, y se libró definitivamente de prácticas mágicas y de exorcismos y sentó las bases de una verdadera ciencia. Aforismos Los aforismos son el tratado más célebre del Corpus Hippocraticum. Están considerados como la Biblia de los médicos y sirvieron de texto en muchas universidades europeas hasta el siglo pasado.

Para terminar este espacio vamos a leer el primer aforismo de la sección primera que resume en parte la filosofía del tratado. La vida es breve, la ciencia extensa, la ocasión fugaz, la experiencia insegura, el juicio difícil. Es preciso no sólo disponerse a hacerlo debido a uno mismo, sino que además colaboren el enfermo, los que le asisten y las circunstancias externas.

La medicina científica europea Agradecemos la participación de Juan Antonio López Férez, profesor titular de Griego I en la UNED, que nos aclaró algunos conceptos del nacimiento de la medicina científica europea. Nada más. Volvemos el próximo lunes a la hora habitual con un nuevo espacio de la revista de Filología.

Hasta entonces, gracias por su atención y buenas noches. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org